

# La cueva de Recife

Carlos Debandi

Cuento novelado  
(Versión Final)

Espacio Cultural El Sitio  
Enero 2019

## Capítulo I

Andrés Rodríguez, un arqueólogo que conocí de casualidad en un pueblo de pescadores en el Caribe, es un profesional de espíritu aventurero, al cual le gusta investigar anomalías. Hace algunos días me envió una invitación con pasaje aéreo incluido para que asistiera a una reunión que había convocado.

La reunión se realizó en una salita discreta de un hotel en Buenos Aires.

Todos los presentes lo conocíamos a él, pero no nos conocíamos entre nosotros.

Andrés, luego de saludarnos, se encargó de las presentaciones.

- Ella es Luisa Daponte, arqueóloga, graduada en la Universidad de La Plata; investigadora del Conicet; se dedica principalmente a estudiar cuestiones vinculadas con los pueblos originarios de América; desde hace un par de años trabaja como ayudante en mis investigaciones.... Tiene una hermosa sonrisa, verdad?
- Pier Dupont es mentalista. Tengo limitaciones para describir con precisión sus capacidades. Solo puedo decirles que pese a su apellido no es francés, es argentino, hijo de marroquíes. En general habla poco, solo lo necesario, pero es un ser calmado y agradable. Ha trabajado en la búsqueda de momias, y parece que ha encontrado varias.
- José Luis Silva Carbalho, es brasileño, experto en resolver cualquier cosa, se encargará de toda la logística que requiera nuestro trabajo.
- Charly es físico, ha hecho varias cosas en su vida, ahora vive retirado de toda obligación. Le gusta escribir, de modo que ése será su oficio. Será nuestro relator.
- Y tiene perros que hablan – dijo sorpresivamente Pier.

Pasadas las presentaciones, ampliadas con conversaciones que se produjeron entre los participantes, comenzó a crecer la curiosidad colectiva. ¿Qué tiene Andrés en su mente para organizar esto, que parece importante?

- Sé que todos Uds. están expectantes, bien, les haré un breve resumen sobre algo que ha sucedido y que ha provocado mi interés y el de esas increíbles personas que gustan financiar mis estudios y trabajos, aun cuando no generan utilidades. Uds. conocen en alguna aproximación la historia del pueblo vikingo. Incluso, algunas series y películas actuales han popularizado sus historias y aventuras, de modo que ahorraré detalles

A partir de ese momento, mientras bebíamos un rico café acompañado de masitas muy secas para mi gusto, Andrés nos lanzó el siguiente resumen, que yo transcribo en forma más reducida aún.

- En la primavera del año 986, Erik El Rojo, un violento vikingo, fue expulsado de Islandia por causa de una pelea en la que mató a sus adversarios.

Logró formar una flota con 26 navíos en los cuales viajaron alrededor de 700 personas, llevando animales y enseres. El objetivo era encontrar una tierra apta para instalarse.

Al cabo de unos días de navegación una fuerte tormenta desmembró la flota, llegando a destino solo 14 barcos.

Encontraron una tierra desconocida, con sus costas pobladas de fiordos detrás de los cuales se divisaban praderas.

Tomaron posesión del lugar y se repartieron las tierras. Eric tomó posesión de un inmenso territorio en el que existía un fiord al que llamó Ericfiord; construyó allí una granja y fundó una república libre, poblada por campesinos, a los que conduciría a la prosperidad. Ese fue el compromiso que asumió.

Eric había decidido iniciar una nueva vida. Tenía seis hijos, tres varones y tres mujeres.

Sintió que en ese lugar todos encontrarían la felicidad y tranquilidad que buscaban, dejando atrás la historia vivida.

Andrés nos miró a todos como para confirmar si la información era suficiente y añadió:

- Eso es parte el contexto histórico en el que tendremos que instalar un hallazgo increíble, sucedido en una cueva de un islote, en costas de Brasil.

-

Todos comenzamos a intercambiar opiniones sobre los vikingos. Anécdotas imprecisas y probablemente poco ciertas, con excepción de Pier, que estaba en silencio.

De pronto Pier rompió su silencio y dijo:

- Muy bien Andrés, interesante tu síntesis, ahora, puedes mostrarnos la espada que tienes en esa caja?

Todos nos miramos sorprendidos, incluido Andrés, que hasta el momento no había comentado con nadie el hallazgo.

## Capítulo II

- Es hermosa, parece nueva
- Mira bien su hoja, tiene huellas de sangre. Es una espada vikinga.
- Eso oscuro, es sangre?
- Si, la estamos estudiando, tratando de conocer el ADN.
- Pero es realmente una espada vikinga? Dónde la encontraron.
- En una cueva, en un islote, al sur de Recife, Estado de Pernambuco, Brasil.
- Pero no está oxidada...
- La cueva es especial, posiblemente única, está formada por materiales reductores. Posiblemente la cueva haya estado sumergida millones de años, depositándose en ella esas sales reductoras. Allí adentro, ni una lata de tomates se oxidaría en siglos... por eso la espada está intacta.

- Y que más encontraron?
- Una carta de navegación, esa si deteriorada, como si se hubiera mojado en el naufragio.
- Naufragio?
- Si, suponemos que una barcaza vikinga impactó en los peligrosos arrecifes que existen en esa zona y naufragó. Posiblemente se salvó un solo tripulante, el dueño de la espada. La carta náutica está impresa sobre cuero de foca. Había también algunos utensilios que seguramente el vikingo utilizó para sobrevivir...hay rastros de un fogón...había también un anillo de bronce, del tamaño de una pulsera, no sabemos para qué lo usaban, posiblemente para amarrar cuerdas en el barco. En los arrecifes hallamos algunos trozos de madera clavados en la arena, parecen ser de ciprés celta, los estamos estudiando.
- Y para que hacen el ADN de la sangre de la espada?
- Porque se pueden obtener indicios sobre la raza a la cual pertenecía el dueño de esa sangre, queremos saber si es de origen europeo o de nativos americanos. Es un rompecabezas no fácil de armar. Tiene muy pocas piezas.
- Pero es alucinante.
- Encontramos algunos signos grabados en las paredes de la cueva, parecen indicar una fecha: año 1024, en nuestro calendario.
- Carajo...once siglos...y la espada intacta...me imagino el valor que tiene...
- Si, el valor arqueológico es enorme. El económico también. Los coleccionistas pagarían fortunas por ella. Por eso antes que se enteren debemos guardarla en un lugar seguro, en la bóveda de un banco, o algo así. En el museo duraría algunas horas o días...lo que tarden en hacer una réplica para cambiarla...y llevarse la original.
- Tienes alguna teoría sobre este asunto?
- Bueno, hay indicios que por esa fecha expediciones vikingas llegaron a las costas de Brasil, pero se trata más de leyendas que de historias...se encontraron manuscritos en Groenlandia y en Londres en los que se describen costas que se asemejan a las de Brasil....también se encontraron indicios vikingos en la Isla de Pascua y en las costas de Chile...parece que en esos tiempos los vikingos anduvieron por todas partes. Pero nunca se encontró un objeto como este, en perfecto estado de conservación.
- Increíble....qué piensas hacer?
- Luego de conocer los resultados de los estudios haremos una nueva expedición a la cueva. Llevaremos a Pier, que, como sabemos, es un reconocido mentalista que puede percibir cosas sucedidas dentro de la cueva... quieres sumarte? Nos gustaría que te encargues de elaborar las notas y luego escribir la historia de esta experiencia.
- Con mucho gusto y entusiasmo, me sumo, cuando partimos?
- Con suerte, en tres semanas, antes que comiencen las grandes lluvias en Recife.

### Capítulo III

- Me ha dejado azorado que el origen de la sangre sea de raza celta, eso indica que hubo al menos dos europeos allí...
- Efectivamente. También se confirmó el origen de la madera: Islandia, ciprés de Islandia. En una semana partimos. Trata de llevar poco equipaje, haremos vida de campamento. No te olvides de llevar gafas, el sol es terrible en esa zona.

Volamos a San Pablo y de allí directo a Recife. Cuando descendimos del avión sentimos en pleno rostro el aire recalentado y el resplandor insoportable del sol.

José Luis nos informó que estaríamos dos días adaptándonos al clima antes de iniciar la tarea.

- El cuerpo debe adaptarse a la humedad. Iremos a unas cabañas confortables, cercanas a la playa. Desde allí, navegando, en dos o tres horas podremos estar en el islote. En el islote tendremos carpas bajo una sombra pobre que producen las palmeras. Allí no hay agua dulce ni alimentos, de modo que todo debemos cuidarlo y racionarlo. Tendremos un generador eléctrico que nos dará luz y permitirá mantener una pequeña heladera. Si el trabajo dura más de cuatro días, seremos reabastecidos desde aquí. Comprendido? Deben aplicarse siempre repelente, los mosquitos y otros insectos son peligrosos. Esta es zona de fiebre amarilla. Está claro? - Dijo José Luis, y agregó: Tejeiras...
- ¿Tejeiras? Qué es eso?...
- Ja, ja, es una muletilla que me impuso mi madre cuando era un niño..
- ¿Y qué significa?
- Vivíamos entonces en los suburbios de Sao Paulo, Tejeiras era un vecino nuestro que decía siempre malas palabras... cuando mi madre me escuchaba a mi decir palabrotas, me decía: “Pareces Tejeiras... cada vez que vayas a decir una mala palabra, piensa en Tejeiras...” . Y así quedó la cosa, en lugar de decir “mierda” o “carajo”, digo tejeiras...
- Buena salida ..., tejeiras...creo que terminaremos todos adoptando ese término... tejeiras... es bueno sí.

Comencé a comprender la importancia de José Luis en el grupo. Era indudablemente nuestra carta de supervivencia. Luisa escuchaba callada. Sus anteriores experiencias en campo siempre habían sido andinas. Alturas y frío. El mentalista Pier trataba de concentrarse para aliviar un dolor de cabeza que le había producido el descenso en el avión. Andrés sonriente, nos dijo:

- No se preocupen, dentro de dos días se sentirán perfectos, es increíble la capacidad de adaptación que tenemos los bichos humanos. Gustan una cerveza bien fría?
- Sí... (gritamos todos)...tejeiras!!!!

Pier, que había recuperado su buen semblante dijo:

- Yo solo quiero agua, bien fría, tejeiras!!!

## Capítulo IV

Efectivamente, como había dicho Andrés, al segundo día sentí que mi cuerpo ya respondía. Mi piel se había acostumbrado a esa capa de transpiración inevitable y necesaria para que no se deshidrate. Los ojos por su cuenta, regulaban el ingreso de luz. El calor era inevitable, estaba en todas partes, pero la brisa del atardecer, proveniente del mar, reconfortaba. José Luis comenzó sus recomendaciones.

- Adentro de la cueva estaremos bastante frescos, en la carpa no, solo al anochecer la soportaremos, gracias a la brisa. Estas sandalias plásticas deben llevarlas todo el tiempo, fuera y dentro del agua, no solo por los alacranes y arañas, sino que la conformación de la arena del islote tiene pequeños cristales muy filosos. Si uno camina descalzo termina ensangrentado. De acuerdo? Y repartió dos juegos de para cada uno, con las medidas exactas. No las pierdan...tejeiras.

Era reconfortante la eficiencia de José Luis. Daba la sensación de que sin él todo sería imposible.

Como leyéndome el pensamiento escuché decir a Andrés:

- José Luis es un experto en este tipo de experiencias, deben hacerle caso, y no vacilar en preguntarle cualquier duda que tengan, o avisarle cualquier síntoma extraño. El llevará un maletín con toda clase de antídotos y medicamentos. También materiales para primeros auxilios, que esperemos no necesitar. Y ahora descansen, mañana, al amanecer, partimos.

## Capítulo V

Eran dos lanchones, como botes grandes, con motor fuera de borda. Peñeros los llaman en el Caribe, Aquí, algunos, los llaman “prácticos”. En uno íbamos los cinco, junto con el tripulante, y el otro transportaba los equipos y accesorios.

Partimos desde un pequeño puerto, en la desembocadura de un río cuyas aguas parecían nauseabundas. El tripulante, Joao, dijo que el mal olor duraría poco, era el río por el cual la ciudad descarga sus efluentes. Los mosquitos eran nubes, pero el repelente natural provisto por José Luis era muy eficiente. Esto también se acabará ni bien entremos en el mar, dijo Joao, que hablaba un extraño español mezclado con portugués y tonada algo sajona. Como adivinando nuestra curiosidad dijo: me he criado en Guyana. Y echó a cantar un alegre Calipso, mitad en inglés, mitad en español. Mi padre trabajó en el Callao, terminó informando.

- ¿Qué hacía en El Callao? Le pregunté, curioso.
- Lo que hacen todos allí, buscar oro.
- ¿En las montañas?
- No, en el río, allí aparecen las pepitas, que por su peso se hunden en la arena. Mi padre tuvo mucha suerte, sumergiéndose en una olla encontró una pepa grande, como de 700 gramos, oro puro. No lo dijo a nadie, la escondió entre sus ropas y dos días después dio una excusa familiar y se fue a Manaos. Allí la vendió a un traficante chino, una pequeña fortuna, con eso inició esta flota de peñeros. Ahora descansa, solo lleva turistas a pescar.

El cauce del río se ensanchaba. El agua iba pasando del marrón al azul.

En un horizonte cercano vimos la espuma blanca de la rompiente. Más allá la belleza azul del mar infinito.

Los dos peñeros acertaron un canal sin arrecifes, señalado por boyas, y atravesaron sin dificultad la rompiente, elevando su proa primero, al enfrentar la ola, para caer después y dejar sentir el rugido de las hélices fuera del agua. Eran navegantes expertos, no nos salpicó ni una gota de agua.

A partir de allí la navegación se hizo tranquila. Los peñeros enfilaron hacia el sur, paralelo a la costa, balanceándose en un oleaje bajo.

A lo lejos se divisaba un conjunto de islotes, separados de la costa escarpada, por algunos cientos de metros, quizá un par de kilómetros.

Pier se había sentado en la proa, se lo veía recompuesto, como disfrutando el hermoso y cambiante paisaje. Luisa tomaba fotos y trataba de amigarse con un pelicano que la sobrevolaba. Se había comprado un pañuelo blanco, para protegerse del sol, que tenía figuras de pececillos. Parecía que al pelicano lo atraían los pececitos del pañuelo. Luisa se reía y trataba infructuosamente de tomarle una foto, pero no se quedaba quieto... la oí decir, entre risas: tejeiras!!!

Andrés descansaba, con los ojos cerrados. José Luis parecía que mentalmente repasaba detalles. Yo disfrutaba mi reencuentro con el mar.

Al costado del bote, nos acompañaban dos delfines juguetones.

Le pregunté a Joao:

- ¿Cuánto mide de largo este peñero?
- Veinticinco pies, de proa a popa.
- ¿Te animarías a cruzar el mar?
- Ni loco, nunca nos alejamos de la costa más que algunos kilómetros, cuando el oleaje es bajo. Cuando las olas son altas, ni salimos.
- ¿Sabes que los vikingos cruzaban los mares en unos barcos que eran más o menos el doble de tamaño que éstos?
- Locos, locos esos vikingos...por eso deben haber desaparecido.
- Algo así, dijo riendo Andrés – que escuchaba nuestra charla.

## Capítulo VI

El andar rápido generaba el efecto de una brisa que realmente no existía. Cuando los peñeros se detuvieron frente al islote sentimos el impacto del calor. Con maestría los tripulantes los encallaron en la arena de la playa, atando la cuerda del ancla a las palmeras cercanas. Hacia adentro del islote se divisaba una colina. Entre ella y la playa un bosquecillo de apenas cincuenta metros. Tupido. Vimos cómo se escondían los cangrejos entre los arbustos cuando detectaban nuestra cercanía.

Dijo José Luis:

- Instalaremos las carpas a la orilla del bosquecillo, cercano a la playa, allí nos refrescará la brisa en las noches. La cueva está a unos doscientos metros, subiendo la colina.
- No me gustan los cangrejos – dijo Luisa – espero que no se metan en las carpas.
- Tejeiras, dijo riendo Pier, más bien cuida que no se meta Andrés...

Durante dos horas estuvimos todos colaborando en armar el campamento y poniendo en orden los equipos de trabajo y las instalaciones de supervivencia.

Armamos tres carpas. En dos de ellas dormiríamos los cinco. En la tercera se guardaban los equipos y provisiones. Las carpas eran excelentes, con zócalos protegidos para que no entraran arañas o cangrejos y mallas mosquiteras en todas sus aberturas.

Para la exploración de la cueva teníamos potentes lámparas portátiles que se recargaban con energía solar o con el generador. Una pequeña cocinilla nos permitía fritar pescados frescos que, con gran maestría, José Luis atrapaba en la rompiente utilizando alternativamente un mediomundo o un sedal con un anzuelo y carnada de mejillones...

- Son una variedad de corvina, exquisitas.
- Tejeiras...le dijimos todos, riendo.
- Parece que les gustó mi palabrita....tengo otras, si quieren...

Terminado el trabajo los dos tripulantes regresaron en uno de los peñeros y nos dejaron el otro, por cualquier emergencia que surgiera. José Luis era, entre otras muchas cosas, un razonable navegante.

Dedicamos esa primera tarde a reconocer el lugar, ordenar toda la instalación, elaborar un plan de trabajo para iniciar a la mañana siguiente.

Al atardecer, ya disfrutando de la infaltable brisa, nos deleitamos con las corvinas fritas acompañadas de aguacates, y cerveza bien fría. Quedaba demostraba la eficiencia de José Luis como cocinero y la de la heladera para proveernos bebidas frescas.

En la noche se veían pocas estrellas, solo las más brillantes. La humedad levantada por la brisa opacaba a la atmósfera.

- Las costas del trópico no son buenas para la astronomía – dijo Andrés.
- Acabo de lograr conectar mi tableta al teléfono satelital, estamos comunicados con el mundo. – Exclamó Luisa - ¡¡Tejeiras!!!
  
- ¿Dime Charly – preguntó Andrés- qué hiciste con tus perros?
- Mi hija Natalia se ofreció a quedarse en mi casa y cuidarlos. De paso se toma un merecido descanso.
- En este lugar hay mucha energía – dijo Pier- y mirándome me preguntó: ¿Natalia es la arqueóloga o Florencia?
- Florencia, ¿cómo sabes esas cosas?
- Me las cuentan tus perros...respondió, riendo.
- ¿Y qué tiene que ver eso con la energía del lugar?
- En sitios de mucha energía se facilita mi tarea.
- Uno de estos días me gustaría charlar contigo, Pier.
- Cuando gustes Charly.
- ¿Desean cerrar la velada con un ron de los buenos? - preguntó José Luis sacando una botella colorida. Tenemos hielo.
- Si... gritamos todos. ¡¡¡Tejeiras!!!

## Capítulo VII

Un sol rojo y achatado se levantaba en el horizonte. Centenares de gaviotas y otras aves revoloteaban sobre la rompiente atrapando pececillos. Los cangrejos, más confiados, nos espiaban desde los matorrales. Unos pajaritos grises corrían velozmente por la arena cuando bajaba la ola y atrapaban almejas. Todavía perduraba una suave brisa que, según José Luis, nos daría tiempo a desayunar. Huevos con panceta, a lo Caribe. Y café puro

do Brasil, amargo, exquisito. Yo, fiel a mi costumbre me tomé unos mates amargos. Luisa se sumó.

- ¿Cómo te sientes Luisa? ¿Te gusta el mar?
- Sí, me gusta, quizá no para trabajar... en eso prefiero las montañas...pero me gusta el mar...estar quieta en la playa y sentir el aire con olor a mar...casi siempre mis vacaciones las tomo en el mar... ¿y tú Charly, dónde te gusta vacacionar?
- En realidad ya no vacaciono, he optado por lo sedentario...este viaje me ha sorprendido... pero sí, cuando vacacionaba me gustaba el mar... en realidad conocí el mar de grande, cuando fui a vivir a Venezuela, tenía entonces casi cuarenta años... el mar me atrapó, a pesar de que pasé mi infancia en las montañas...el mar es lo opuesto a la monotonía de las montañas...todos los días te sorprende con algo nuevo...

José Luis expresó que se quedaría un largo rato en el campamento acondicionando todo y probando las comunicaciones. Teníamos una radio conectada a la oficina de Joao, que atendía su hijo. Solo se utilizaba para pedir abastecimientos o para avisos de emergencia, pero se habían pactado dos comunicaciones de rutina: una por la mañana y otra al anochecer. Razones de seguridad. Además de la radio, teníamos dos celulares satelitales, el de Luisa y otro.

- También debo probar el generador, y cargar todas las baterías, la de la heladera y la de los equipos de comunicaciones. Y debo hacer un poco de hielo y enfriar las reconfortantes cervezas.
- Por favor, para mi mucha agua, - dijo Pier.

## Capítulo VIII

Los cuatro comenzamos a subir la breve colina rumbo a la cueva. La entrada no era grande, de forma ovoide, tres metros de altura y cinco de ancho. La cubría parcialmente un bosquecillo de arbustos.

La profundidad de la cueva era de unos treinta metros, en ascenso suave (eso la ponía a salvo de las torrenciales lluvias de temporada). Las paredes blancas, recubiertas del famoso “mineral” reductor, antioxidante, hacía que se mostrara bastante iluminada, sobre todo a esa hora, ya que la entrada daba al Este, Los rayos del Sol llegaban, hasta la mitad. Bueno es aclarar que en realidad el “mineral” estaba formado por una mezcla de sales cristalizadas. Las mismas que formaban los filosos cristalitos de la arena. Otra buena: las sandalias plásticas provistas por José Luis, excelentes, lo suficiente cerradas como para que no se suelten e impedir el contacto directo con insectos y también ventiladas por orificios especiales. Cómodas. Perfectas. Otro punto para José Luis..

- ¡¡ Tejeiras!!, dijimos a dúo con Luisa

Luisa llevaba puesto un mameluco blanco con la insignia de su Facultad, y un escudito del Conicet, Andrés y yo optamos por jeans con camisas sueltas. Pier llevaba un pantalón marrón y arriba una camisola tipo túnica del mismo color. A José Luis lo vimos de bermudas y remera de rayas horizontales, blancas y rojas. Y un gorro mariner, para proteger del sol a una incipiente calvicie que ya avanzaba en su testa.

Entramos a la cueva. Adelante Andrés, seguido por Luisa y Pier, detrás yo, cerrando la fila. Una marca de pintura amarilla indicaba el sitio donde fue hallada la espada. Otras marcas indicaban los signos en las paredes y lugares en los cuales encontraron el resto de los objetos.

- No hemos realizado excavaciones – dijo Andrés – para no modificar nada. Veremos si Pier descubre indicios que nos permitan una búsqueda orientada y no al azar.

Pier se mantenía en silencio, solo miraba con atención todos los detalles y su rostro mostraba que sus oídos trataban de escuchar sonidos inexistentes.

Luisa, en cambio buscaba detalles en las paredes y el techo, y luego de observarlos y valorarlos, los fotografiaba.

Andrés caminaba, iba y venía, como midiéndola, pero ya estaba medida, creo que simulaba movimientos.

Yo solo pensaba en el oficio asignado, cómo escribir esta historia.

Un rato después llegó José Luis portando un termo con refrescos azucarados para darnos energía, con unos bocadillos exquisitos. Hasta Pier abandonó el agua y se plegó al refrigerio.

- Llegó un mensaje para ti, Andrés.

- ¿Qué dice?

- Que el ADN pertenece a género masculino... pero...

- ¿Pero qué?

- Parece que en la empuñadura detectaron trazas de un ADN diferente, también tipo celta, pero femenino...en trocitos de piel seca.

Decidieron hacer una reunión para replantear hipótesis.

- Las cosas parecen haber cambiado, tenemos dos ADN, uno masculino en la sangre de la hoja y otro femenino en la empuñadura de la espada...y el o los cuerpos, esqueletos o huesos, o lo que fuera...¿dónde están? Qué se hicieron? Pier, es hora de que inicies tu tarea...

- Bueno, les voy a pedir que me dejen solo aquí, por un par de horas... necesito escuchar.

- OK, ¿quieres que te dejemos el resto del refrigerio? Nosotros nos vamos a almorzar algo al campamento.

- No, gracias, solo esa botella de agua.

## Capítulo IX

El campamento estaba caluroso, por suerte una palmera daba sombra sobre el borde mismo del agua, allí nos sentamos a charlar con Luisa, mientras José Luis pescaba alguna corvina y Andrés repasaba los informes llegados.

- Eres un tipo especial, Charly, despiertas confianza en las mujeres...como que facilitas la comunicación, la amistad...

- Ja, ja,...sí, eso me dicen...mira tengo dos hijas arriba de los cuarenta, una es arqueóloga, como tú, vive y trabaja en Italia, en Bologna; la otra, la menor, es

socióloga, normalmente vive y trabaja en Buenos Aires, pero viaja bastante, ahora anda por Washington, con una beca, por algunos meses... esas son hijas reales, pero por ahí tengo decenas de “hijas” adoptivas, amigas más jóvenes con las que compartí trabajos y proyectos....me ven como una especie de “padre universal”.... Con mi esposa nos separamos hace varios años, pero somos amigos y solidarios, una razonable relación, que les hace bien a nuestras hijas...y tú, Luisa, eres casada?

- Lo fui, pero ya no. Caí en el error de formar pareja con un compañero de estudios....nos pasábamos el día discutiendo cuestiones técnicas....duramos solo dos años...menos mal que no tuvimos hijos...eso fue a los 23 años...luego hice mi doctorado... me dirigió Andrés, allí nos conocimos.
- ¿Qué edad tienes?
- 35, ¿parezco más vieja?
- No, no, al contrario, te conservas bien... ¿y con Andrés, sucede algo?
- A veces. Él quiere mantener una relación, pero, me digo: ¿repetir dos veces el mismo error? Andrés tiene 54 años, es solterón, un viajero incansable, algo transgresor del sistema, en la Universidad no es muy bien visto... pasa dos meses del año en Génova, dando cursos, y otros tres en Colombia, también dando cursos. Con eso vive, el resto del año se dedica a temas como este...tú crees que yo puedo seguirlo? A mí me gusta la vida estable...el ama el mar, yo trabajo en las montañas...en fin, no es fácil. ¿Y tú qué haces Charly? Me dijeron que eres físico...
- En realidad estudié física, pero a lo largo de mi vida hice muchas cosas diferentes, desde la tecnología, en Venezuela, donde viví catorce años, hasta la gestión pública en Córdoba, pasando por la consultoría privada...muchas veces para sobrevivir tuve que ser artesano.. Como ves, un largo camino, siempre obligado por las circunstancias... ahora vivo alejado del ruido, tengo una casa cabaña en las serranías cordobesas, allí instalé una FM no comercial, trasmito dos o tres horas por día, música y comentarios, algunos programas culturales...y, últimamente, escribo. Me gusta escribir...creo que para eso me trajo Andrés.
- Pero me dijeron que fuiste un director en el Conicet, ¿Cómo fue eso?
- Una larga y linda historia, otro día te la cuento...¿Quién te lo dijo?
- Un profesor mío, en la Plata, que integró el directorio contigo, te aprecia un montón...
- Si, supongo que fue el Dr. Rapela, un explorador incansable, excelente persona, y un gran profesional... supongo que ya se debe haber retirado...
- No lo sé, pero lo vi hace poco en la Universidad, cuando me contó sobre vos...

## Capítulo X

En ese momento se acercó Andrés, con unos cuadernillos en la mano.

- Estuve revisando la historia que se conoce sobre los viajes vikingos a América, tratando de ver cuántas mujeres participaron en las expediciones. Existe una gran duda porque se dice allí que muchas mujeres se disfrazaban de hombres para poder sumarse a las expediciones, sin embargo, algunos datos tenemos.
- Cuenta, cuenta ...
- Todos sabemos que los vikingos, al finalizar el siglo X llegaron a costas de norte América y fundaron allí una base, que llamaron Vinland, porque les pareció descubrir vides, aunque parece que después resultaron ser grosellas silvestres. La

expedición estuvo a cargo del hijo preferido de Erik El Rojo, llamado Left, y su amigo Bjarni. Desde esa base realizaron muchas expediciones recorriendo las costas americanas, muchas veces arrastrados por tormentas terminaban en lugares perdidos, islas donde se refugiaban. En el invierno de 1004 murió en Groenlandia Erik. Su hijo Left tuvo que regresar (contra su deseo de permanecer en Vinland) a Groenlandia, a ocuparse de la colonia dejada por su padre.

A partir de 1010 nuevas expediciones partieron hacia Vinland, tres barcos llevando 160 hombres y 15 mujeres, entre ellas Freydis, la terrible y maquiavélica hermana de Left, nacida de una segunda mujer de Erik. Freydis era una mujer violenta, ambiciosa y conflictiva, generó muchos problemas en la colonia. Se dice que por su temperamento violento la mayoría de los colonos decidieron abandonar Vinland y regresar a Groenlandia. No se sabe que hizo Freydis. Pero al menos, ya sabemos que hubo mujeres vikingas en esos viajes.

- ¿Dime Andrés, como fue que te enteraste de todo este asunto? De la cueva, digo.
- En un congreso al que asistí, en la Universidad de Pernambuco conocí a un colega arqueólogo que me habló de estos islotes deshabitados y no frecuentados, justamente por el problema de las arenas con cristales punzantes. Nadie quiere venir a estas playas, ni los pescadores. Me invitó a conocer y explorar los islotes. Descubrimos un sendero entre los manglares que nos llamó la atención, y algo tapada por matorrales densos, como son aquí, descubrimos la entrada de la cueva... el resto lo pueden deducir.
- ¿Y te dejaron llevar la espada fuera de Brasil?
- Si, firmamos un protocolo científico y me autorizaron a tenerla, aunque acabo de recibir un mensaje de Buenos Aires informándome que la espada debe quedar depositada en la bóveda del Banco do Brasil... de todos modos ya la espada no tiene mucha importancia ahora, ya obtuvimos toda la información...
  
- Te equivocas – dijo Pier, - que se había aproximado- , mi tarea sería más simple con la espada aquí...de todos modos estuve toda una tarde “dialogando” con la espada, espero sea suficiente...
- ¿Qué es eso de “dialogar” con la espada? - preguntó Luisa
- Es como incluirla en un sueño – respondió Pier
- Muchachos, y bella doctora, las corvinas asadas los esperan...¿gustan?
- Si, ¡¡tejeiras!! Gritamos todos.

## Capítulo XI

Finalizado el exquisito almuerzo por el cual José Luis recibió nutridas felicitaciones surgió el tema de los tiburones.

- ¿Es cierto que hubo muchos ataques de tiburones en las playas de Recife? – preguntó Luisa a José Luis.
- Si, parece que las obras de modernización del puerto modificaron el ecosistema. Se eliminaron numerosos manglares en los cuales desovaban los tiburones y eso las puso agresivos. Por otro lado el fuerte crecimiento del movimiento de buques. Recife es uno de los mayores puertos de Brasil, eso hace que se arrojen muchos residuos de alimentos al agua, que atraen a los tiburones... pero se han implementado sistemas de control en las principales playas, las de Boa Viagem, principalmente...y las de

- Olinda....además Recife es en realidad un complejo de islas, rodeado por varios ríos, de modo que puede haber tiburones en zonas cercanas...los ríos arrastran comida...
- Y turistas....- bromeó Luisa - ¿y por aquí habrá también?
  - Mira Luisa, por las dudas no te metas al mar con poca ropa...los tiburones somos peligrosos – agregó Andrés.
  - Esta noche quiero quedarme, solo, en la cueva – dijo Pier
  - OK, te armaremos un sitio..
  - No, no, solo llevaré una silla y un par de botellas de agua.
  - Bueno, nosotros trabajaremos en la cueva durante la tarde, ¿eso no te molesta Pier? - preguntó Andrés.
  - En absoluto, yo dormiré una siesta a la sombra de los manglares, necesito estar descansado.
  - Mañana tendremos Luna llena, luego se inicia el cuarto menguante, eso puede traer fuertes lluvias...así que debemos acelerar el trabajo, si no queremos soportar las incomodidades y peligros que representan las tormentas de esta época, el oleaje fuerte, etc. – agregó José Luis.
  - Bueno, ...que les parece si vamos a la cueva a continuar documentando los detalles?

## Capítulo XII

Cuando llegaron a la cueva encontraron la camisa túnica de Pier sobre una roca, sobre ella había un anillo de bronce similar al que habían encontrado antes, una réplica perfecta.

- ¿Se lo habrá olvidado? -pregunté, y en el mismo momento sentí estúpida mi pregunta.
- No, - dijo Andrés- , lo dejó a propósito...¿De dónde habrá sacado Pier este segundo anillo?
- Lo encontré debajo de la arena – dijo Pier - ese fue el primer mensaje que recibí, el impulso de excavar con mis manos en ese sitio de la arena, y a unos 30 cm de profundidad, encontré el anillo. Los cristales me lastimaron un poco. Mostró las palmas heridas con pequeños y numerosos cortes.
- Pero no me duelen, es extraño. Los dejo, me voy a dormir la siesta. Por favor dejen mi túnica y el anillo allí, si no les molesta. Gracias.

Decidimos no hacer comentarios, aunque los tres, Andrés, Luisa y yo sentíamos el peso de las incógnitas y los presagios. Tampoco habíamos notado la llegada de Pier a nuestras espaldas.

- Es extrañamente silencioso, dijo Luisa
- Sí, es como si no caminara...parece que levitara a pocos centímetros del suelo...
- ¿No lo vieron durmiendo? Parece flotar sobre la colchoneta.

## Capítulo XIII

Luisa y Andrés escribían notas y tomaban fotos.

Yo me senté cerca de la entrada, extraje mi tableta y comencé a escribir resúmenes de lo ya vivido en los dos días que estábamos completando en el islote.

La cueva era realmente fresca, Se respiraba un buen aire en su interior. No eran tontos los vikingos para elegir refugios...¿Quién sería la mujer? ¿Fue ella quien mató al vikingo con su propia espada? ¿Qué pasó luego con ella? ¿Dónde estarán sus restos? Esas eran las preguntas que nos venían persiguiendo a todos, incluido José Luis, que comenzaba a sentirse atrapado por el tema, más allá que su oficio en el grupo tenía otros fines, mucho más prácticos, para posibilitar nuestro trabajo.

José Luis, siempre oportuno, llegaba con bebida fresca y una merienda de mitad de tarde. Todos lo miramos con agradecimiento. Antes que nosotros, gritó, riendo:

- ¡¡Tejeras!!!!
  
- Aquí no nos queda mucho por hacer a nosotros, salvo excavar. De modo que estamos en manos de Pier y los mensajes que pueda recibir o las visiones que le surjan - dijo Andrés mientras se engullía un bocadillo.
- ¿Tú crees en los poderes de Pier? – le preguntó Luisa.
- Si no creyera no lo hubiera contratado – respondió Andrés.
- ¿Y tú, Charly, crees en esas cosas?
- Mira Luisa, a medida que han pasado los años de mi vida siento cada vez más importante la presencia de la Fantasía en todo lo que nos sucede...¿Tú me crees si te digo que mis perros hablan?
- No.
- Pues entonces te llevarás una linda sorpresa cuando me visites, si algún día lo haces.
- Ahora claro que lo haré, me has intrigado, Charly. ¿Hablan con sonido?
- No lo sé, pero te aseguro que puedes mantener una conversación con ellos.
- ¿De modo que crees que Pier puede recibir mensajes?
- Sí, no lo entiendo, pero lo creo. Yo mismo recibo un “mensaje” desde hace muchos años, pero no lo sé interpretar, pero es insistente y permanente, me molesta no saber descifrarlo.
- ¿Un mensaje? Una voz que te habla?
- No Luisa, un mensaje cifrado, una coincidencia que supera las probabilidades del azar... cuando me visites te lo cuento.
- Si Charly, iremos seguramente con Andrés, que no se cansa de ponderar el pernil de cerdo que haces...y los jamoncitos... y el pan casero...
- Caramba, estás bien informada...
- Soy mujer.
- ¿Qué les parece si terminamos por hoy? -preguntó Andrés - miren lo que encontré en un hueco, entre las piedras de la entrada?
- ¿Qué es?
- Parece una cerbatana, de las que usaban los nativos de las selvas tropicales para arrojar dardos envenenados a sus enemigos... Se la mostraré a Pier.

## Capítulo XIV

Regresamos al campamento. Yo necesitaba tomar unos mates amargos, ya extrañaba mis pagos y mis actividades. También a mis perros.

Mientras tomaba mate, pensaba: ¿qué formato le daré a esta historia? Supera la dimensión de mis cuentos breves. Pero no tengo paciencia para hacer una novela. Terminará siendo una crónica o un cuento novelado. Algo a mitad de camino. Eso.

Escuchaba que José Luis le preguntaba a Pier

- ¿Quieres que instale una luz en la cueva?
- No - respondió Pier- solo llevaré una linterna para no tropezar con las rocas. Eso será suficiente.
- ¿Y no quieres que te coloque una colchoneta?
- No, solo una silla. Si tiene apoya brazos, mejor.
- Sí, tenemos una así, - dijo José Luis.
- Perfecto.

Avanzaba el anochecer. Andrés y Luisa se fueron a la playa a ver la luna que ya estaba próxima a la esfera. La noche era clara. Extrañamente no corría brisa, pero no hacía calor. Tampoco había plaga, esas nubes de pequeños bichitos que no llegan a ser mosquitos pero que pican y producen ardor. Las aves volaban desde el mar hacia los peñascos de la colina. De tanto en tanto saltaba un pez en las aguas que estaban extrañamente tranquilas.

- No es buen síntoma esta quietud, creo que en un par de días tendremos tormenta, ¿quieres un ron para amenizar ese mate? - Era José Luis- que se había acercado.
- Acepto. En estas latitudes el ron es más saludable que el mate. Aunque me duela, lo acepto.
- Mi abuelo era gaúcho, vivía cerca de Porto Alegre, en un caserío, tomaba mate y hablaba bien el guaraní. Se casó con una paraguaya, pero ella murió por un dengue mal curado antes de tener hijos. Luego mi abuelo se casó con una bella mestiza de Paraguaná. De eso vengo yo y mis seis hermanos. Cuatro varones y dos hembras.
- ¿Y qué hacen tus hermanos? ¿Dónde viven?
- Toda una variedad: uno es médico en Sao Paulo; otro, agrónomo, trabaja en Santa Cruz, Bolivia; los otros dos se dedican a los negocios en Río, cuestiones de turismo. Una de las mujeres Paula, es socióloga, trabaja en la universidad de Campinas, la otra estudió música, formó un grupo de jazz y anda de aquí para allá.
- ¿Y tú dónde vives?
- Generalmente en Río, pero este oficio me lleva a muchas partes....soy una especie de nómada.
- ¿Y cómo fue que te metiste en este oficio?
- Bueno, todo un tema. Soy técnico en comunicaciones, por allí comenzó la cosa. Hace diez o quince años no existían los sistemas digitales, y mantener comunicada una expedición científica con su base era todo un problema, pero a medida que eso se fue simplificando tuve que ir sumando otros oficios... me gusta mucho lo que hago. Y me pagan muy bien.
- ¿Tienes familia?

- No, tuve la intención una vez pero la cosa no resultó. Ella quería que cambiara de vida, no soportaba mis viajes. Por ahí anduvo el final.
- Me voy para la cueva – dijo Pier.- si escuchan voces o gritos, no se alarmen.
- Te dejé la silla que querías en la entrada, y tres botellas con agua fresca.
- Gracias José Luis.
- No tengo ganas de cocinar, le meteremos diente a las provisiones.
- Nos parece perfecto José Luis, dijeron a dúo Luisa y Andrés, que volvían de la playa con una bolsita llena de almejas y mejillones. Y algunas vieiras.
- Acompañadas con cerveza, son una delicia.
- Se los ve contentos – dije.
- Si, a veces nos entendemos..- dijo Luisa
- ¡¡¡tejeiras!!! Gritó José Luis

## Capítulo XV

La noche transcurrió tranquila, sin voces ni gritos. El silencio era total. Sin embargo tardamos mucho en dormirnos. Todos estábamos pensando que sucedería en la cueva. Qué estaría haciendo Pier. El tema nos superaba, estaba más allá de nuestras posibilidades. En el caso de Luisa, también de sus creencias, apoyadas en la racionalidad.

Desde que llegó a la cueva, Pier se sentó dando la espalda a la entrada. Desde esa posición podía ver casi todo el interior. Tomó un buen trago de agua, cerró sus ojos y pensó: ¿a ver que me cuentan? Estoy aquí para escucharles. Y si es posible verlos. Transcurrieron dos horas sin que sucediera nada, Pier seguía sentado, bebiendo agua de tanto en tanto, esperando.

De pronto sintió suaves pasos a su espalda. Por su lado pasó una bella mujer, con ropa vikinga en mal estado, ajada, gastada. Era bella, tendría aproximadamente 30 años, Se sentó en el suelo, frente a Pier, a unos dos metros de distancia. En su cintura llevaba un corto puñal y un anillo de bronce. Sus ojos grises tenían mirada acerada.

- ¿Qué quieres saber? Expresó con su pensamiento.
- ¿Quién eres, cómo te llamas?.
- Soy vikinga, hija de Erik, aunque pocas veces él lo reconoce. Me llamo Freidis.
- ¿Y el que estaba aquí contigo, quien era?
- Mi hermanastro, Thorwald, él estaba a cargo del campamento cuando yo me escapé con el anillo de oro; él me persiguió hasta aquí...navegamos muchos días, sin agua, sin alimentos...yo sabía que me estaba persiguiendo; tenía su anillo, era una provocación ante todos los colonos... además, él me deseaba...
- Tuve que afrontar una tormenta.. mi barca chocó con los arrecifes, se partió en dos, yo nadé y llegué a esta cueva...unos días después llegó Thorwald...me encontré... era un navegante terrible.
- Me hablas de un anillo de oro, pero son de bronce...
- Teníamos diez anillos de bronce, con ellos se distinguían los cargos de mando, y uno solo de oro, que portaba el Jefe. Yo se lo robé a Thorwald porque él no quería enfrentar a los nativos que nos guerreaban...nos lanzaban flechas... yo maté a varios

de ellos...con este puñal...Thorwald se había convertido a católico, no quería hacer la guerra...portaba la espada inútilmente... llevaba una cruz.

- ¿Y qué sucedió aquí?

La imagen de Freidis había desaparecido, la conexión se había cortado...seguramente sucedieron cosas duras, que le cuesta decir... Pensó Pier...y cerró nuevamente los ojos. El esfuerzo se había hecho sentir, se adormeció.

Cuando despertó estaba nuevamente Freidis sentada frente a él. Pero a su lado yacía el cuerpo sin vida de Thorwald, con la espada clavada en el centro del pecho.

Freidis arrancó la espada ensangrentada y la arrojó atrás de las piedras, en el mismo sitio donde fue hallada diez siglos después.

- ¿Por qué lo mataste?

- Porque lo amaba. Él quiso poseerme. Yo le pregunté si me haría su esposa. Él me dijo que no. Que me deseaba, pero que yo era muy violenta y representaba un peligro para la colonia. Me exigió que le devuelva el anillo de oro.

- Lo tengo entre mis ropas, búscalo.

- Me abrazó, me besó, Me poseyó. Me quitó el anillo de oro y me dijo: vamos, regresemos a la colonia...su espada estaba allí, al alcance de mi mano...la tomé, y sin pensarlo dos veces se la clavé en medio de su pecho...mientras moría me miró con ojos de no entenderme...

- Te amo demasiado para perderte Thorwald, si no eres mío, no serás de nadie.

- ¿Y qué hiciste con su cuerpo?

- Lo enterré en la arena, cerca de la playa... lo encontrarás entre dos palmeras que se miran...en realidad, lo miran a él... era muy bello.

- ¿Y tú, que hiciste?

- Estuve aquí, dos días llorando, tratando de entenderme...

- ¿Estabas arrepentida?

- No, los vikingos nunca nos arrepentimos de nada. Simplemente estaba desolada. Pensé en clavarme el puñal y terminar mi vida...pero luego supe que mi vida debía terminar en el mar...se aproximaba una tormenta... sentí pasos fuera de la ...cueva, se aproximaban unos nativos...cuando me vieron me dispararon dardos con un tubo que se ponían en la boca y soplaban...pero no acertaron...corrí hacia ellos y clavé mi puñal a fondo en el primero...lo mismo hice con el segundo...los otros tres huyeron...eran muy jóvenes.

- Y luego?

- Enterré mi puñal sobre la tumba de Thorwald...busqué su barcaza y enfilé hacia el mar, hacia el centro mismo de la tormenta, sabiendo que no regresaría jamás a ninguna tierra...

## Capítulo XVI

En ese momento comenzaba a amanecer, estábamos llegando a la cueva a ver cómo estaba Pier, y lo oímos decir:

- Freidis se fue al mar, nunca nadie la encontrará.

Y lo vimos caer extenuado en la silla y quedar totalmente dormido.

Despertó al mediodía, para contarnos toda esa historia.

Por la mañana, antes de que Pier despertara, Luisa y Andrés fueron a la cueva, y volvieron con lo único que encontraron allí: un anillo de oro, igual a los de bronce, pero de oro.

- Me lo entregó Freidis cuando terminó de contar su historia – dijo Pier, que acababa de despertarse.

Allí, tomando agua permanentemente, narró todo lo sucedido. Mientras yo tomaba notas frenéticamente. Oí decir a Andrés que debíamos buscar el cuerpo de Thorwald y el puñal de Freidis...

- Si, -dijo José Luis – y rápido, antes de que llegue la tormenta, señalando el horizonte.
- ¡¡¡Tejeiras!!! Es una nube inmensa.

Allá se levantaban enormes y hermosos cúmulos nimbus que anunciaban un pandemónium como el que debió llevarse a Freidis.

Luisa cargó sus herramientas de búsqueda y junto con Andrés y José Luis fuimos a recorrer la costa para encontrar dos palmeras que se miraran entre ellas.

- Esto es absurdo –dijo Andrés – estas palmeras no tienen más de treinta años, exagerando mucho, cincuenta...si quieren más, digo hasta cien años...no existían en los tiempos de Freidis.
- Coincido contigo –dijo Luisa.

Pero las encontraron. Centenares de palmeras mirando todas hacia el lado de los vientos dominantes de la región...Solo una estaba inclinada hacia el otro lado, mirando a su compañera cercana y algo doblada hacia abajo.

A poco de excavar, con sumo cuidado, encontraron el puñal, algo corroído, pero no demasiado. Era indudable que las arenas del islote estaban impregnadas con las mismas sales reductoras de la cueva.

Medio metro más abajo aparecieron los huesos del esqueleto de Thorwald.

Luisa era experta en el tema, fue descubriendo los restos sin mover siquiera un hueso de sitio. Tomaron numerosas fotografías, desde todos los ángulos, antes de desarticular el esqueleto y cargarlo en una bolsa especial.

- Vamos, apurémonos –dijo José Luis – he recibido un mensaje de Joao, dice que la tormenta que viene es muy fuerte, llegará al comenzar la noche, ellos estarán con su peñero al atardecer, si no salimos antes de la tormenta deberemos quedarnos aquí, ya sin provisiones, por tres o cuatro días.
- Vamos – dijo Andrés – debemos levantar el campamento y poner a salvo estas cosas encontradas...son tremendas... Charly, ¿piensas que si escribes esta historia los lectores te la creerán?
- No te preocupes Andrés, yo no escribo para que me crean...
- Eso me parece excelente – opinó Luisa.

## Capítulo XVII

Llegamos al campamento, Pier estaba tranquilo, pensativo. Ni preguntó si habíamos hallado el puñal y el esqueleto. Lo daba por sentado. Lo sabía.

- ¿No recuerdas nada más Pier?
- Si Charly, muchos detalles siguen brotando, están en los recovecos de la memoria... además será normal que en algún momento vuelva a aparecer Freidis a completar algún detalle de su vida... te prometo contarte todo lo que aparezca... pero será en Paravachasca, cuando te visite, quiero conocer en directo a tus perros....
- Perfecto Pier, te esperaré.
- Si logramos zafar de la tormenta – dijo Luisa, algo preocupada.

José Luis convocó a una reunión, dijo:

- Cargaremos todos los equipos y enseres en el peñero que está aquí, de modo que ni bien llegue Joao nos subimos al otro y partimos. Todo tiene que estar bien acomodado y convenientemente amarrado, que no pueda caerse al agua. Cuando todo esté cargado cubrirán todo con este plástico, y lo atan bien, con eso evitaremos que la lluvia moje a la carga. Toma Luisa, en esta mochila roja hay un bote inflable, automático, tiras de esta manija y se abre como un paracaídas y se infla. En caso de naufragio nos subiremos a él. Recomiendo subir rápido al bote, no permanecer en el agua, es zona de tiburones. Los peñeros navegan muy bien en el oleaje y los tripulantes son muy experimentados, confíen en ellos. No miren a las descargas eléctricas, encandilan, y siempre parecen estar más cerca, pero no teman, el mar no se electrifica. En esa bolsa negra hay señuelos para desorientar a los tiburones, si se acercan arrojamamos varios señuelos, flotan y emiten olor a sangre. Los tiburones se entretienen con ellos. El peñero se moverá al compás de las olas, nosotros debemos aflojarnos y acompañar el movimiento, no resistirlo. En esta bolsa hay un cordel “luminoso”, en caso de que alguien caiga al agua le arrojamamos el cordel que brillará intensamente, es imposible no verlo. Todos llevarán su salvavidas colocado y abrochado durante todo el viaje...
- Me estás asustando, José Luis...
- Esto es como el despegue de un avión Luisa, se deben dar las instrucciones antes, después no sirven. ¿Alguna pregunta?
- ¿Cuánto tiempo calculas que durará la travesía?
- Si la tormenta viene del sud este, como parece, tendremos viento a favor...es posible que en dos horas y media lleguemos a destino.
- ¿Será peligroso cruzar los arrecifes con tanto oleaje?
- Los canales están indicados con boyas luminosas, los tripulantes son expertos.
- ¿Y cuándo crucemos la rompiente, que pasará?
- Caeremos como de una cascada de tres metros, pero no se preocupen, los tripulantes saben hacerlo.
- ¿Cuántas veces viviste experiencias así en el mar?
- Dos veces, esta será la tercera...y tú, Charly, ¿no quieres preguntar algo?
- Si, ¿tenemos ron para tomar antes de partir?
- Por supuesto, eso, un poco de alegría.
- ¡¡¡tejeiras!!!!

## Capítulo XVIII

Una hora después estábamos terminando de cargar el peñero. Las nubes que subían por el sudeste eran enormes. El mar estaba plano. No se movía. No se veía el menor oleaje.

- Siempre es así antes de la tormenta – dijo José Luis.
- No se preocupen, no nos pasará absolutamente nada malo – dijo Pier - y extrañamente nos tranquilizó a todos. Los descubrimientos habían sido muy convincentes sobre sus capacidades.

La brisa comenzó a notarse en el movimiento de las palmeras. La arenilla filosa volaba y producía ardor en las piernas. Nos acercamos al agua para evitarlas. No tan lejos se veían fuertes relámpagos, y de tanto en tanto un rayo moría en medio del mar.

Todavía no había anochecido cuando vimos aparecer a Joao y su compañero en el peñero. Con maestría atracó en la playa.

- ¿Todo listo? - Preguntó a José Luis.
- Si todo de acuerdo a la situación, ya tenemos todo cargado en el peñero.
- OK, Juani, tu llevarás ese peñero, yo conduciré este, con la gente a bordo. Vamos, ayuden a bajarlo al agua.

Entre todos empujamos el peñero hasta que la proa tocó el agua y se comenzó a alivianar. Ágilmente trepó a él Juani, y en pocos segundos puso el motor en marcha.

- Vamos, empujemos a este y suban todos....Nos vamos !! Tenemos suerte, todavía la rompiente está bien baja, en pocos minutos comenzará a subir, cuando lleguen aquellas olas ocultas por la lluvia...

Recién entonces tomamos conciencia de que una tremenda cortina de agua avanzaba hacia nosotros. Los dos peñeros cruzaron sin problemas la rompiente y enfilamos hacia el Noroeste, como alejándonos de la tormenta...pero enseguida nos alcanzó.

- Agárrense fuerte, viene una ola grande...- gritó Joao...

Inmediatamente sentimos que algo enorme, como una ballena nos empujaba hacia adelante....el peñero clavó su proa en la ola y luego se elevó triunfante ....Joao permanecía parado sin siquiera moverse manejando el timón del motor...sus pies parecían pegados al fondo del peñero... la cortina de agua nos alcanzó...una lluvia intensa y cálida nos mojaba los rostros. En la proa, pero vuelto hacia nosotros estaba Andrés. En el primer asiento Luisa y José Luis, en el segundo Pier y yo y tras nuestro, parado, (como un vikingo, pensé) Joao, con su interminable capacidad de navegante. El cielo se oscureció por completo, el balanceo del oleaje daba miedo, las descargas eléctricas eran continuas, el agua caía a chorros...

- No se preocupen, esto fuerte pasará en diez minutos – dijo Joao
- ¿Cómo lo sabes? - pregunté
- Lo estoy viendo en el radar – dijo – y me mostró el celular cubierto por plástico.

## Capítulo XIX

En ese momento no pude dejar de recordar un vuelo que hice en un avión de línea, de la empresa venezolana Aeropostal desde Puerto Ordaz hasta Maiquetía, en una noche de tormenta, una tormenta tan grande como esta. La tormenta estaba adelante, el avión iba derecho hacia ella. Viajábamos solo ocho pasajeros que nos mirábamos tratando de disimular el terror que nos comenzaba a invadir. Se oyó la voz del piloto: “soy el Capitán Méndez, tendremos que atravesar la tormenta, es muy alta para superarla y muy extensa para rodearla. Nos moveremos bastante. Cruzarla nos llevará ocho minutos. No teman, tengo casi treinta años manejando estos aviones....

Y nos metimos en la nube. El avión subía y bajaba pegando saltos de centenares de metros. Los relámpagos y rayos nos rodeaban permanentemente. Por momentos sentíamos que el avión iba de costado. El viento hacía lo que quería, como si fuera de juguete. Yo miraba el reloj contando los minutos. En un momento pensé: ¿qué hago aquí, lejos de todo lo que quiero?. ¿Porque estoy aquí en este momento?. ¿Qué cosa importante me trajo?. No encontraba respuesta. Todos los pasajeros nos mirábamos, pero nadie hablaba. Nadie gritaba. Nada.

Exactamente en el minuto ocho salimos del infierno y entramos en un cielo limpio, lleno de estrellas, abajo, lejos todavía, las luces del aeropuerto de Maiquetía nos decían bienvenidos. Nunca olvidé el nombre del Capitán Méndez, a quien premiamos con un interminable aplauso cuando aterrizó.

Algo similar sentía por Joao en ese momento. Lo veía tan seguro, aferrado al timón, sin alterarse, despreocupado, como quien confía plenamente en su peñero. Como Méndez aquella noche confiaba en aquel DC9 que ya tenía más de veinte años volando.

Me invadió la misma pregunta: ¿Qué hago aquí, en este peñero, en medio de esta tormenta?, ¿Qué cosa importante me trajo a revivir esta angustia?

Algo similar estarían pensando mis compañeros de aventura. Todos empapados por la lluvia. Todos esperando que pasaran las malditas dos o tres horas que nos separaban de nuestro destino. La voz de José Luis me sacó del pensamiento:

- ¿Quieres un trago de ron?
- Por supuesto, quizá me tome dos, o tres.

Por primera vez reímos todos. ¡¡Tejeira!! ¡¡Tejeira!!!

La botella fue pasando de mano en mano, Solo Joao no aceptó el trago. Comenzamos a sentir la lógica: ya llevamos una hora navegando, y no pasó nada, porque va a ser diferente ahora...un buen pensamiento, que fue dicho en voz alta por Andrés. Tal como había anunciado Joao la oscuridad del cielo disminuyó. Las descargas eléctricas siguieron rumbo oeste, entrando al territorio, y dejaron de acompañarnos. De todos modos el oleaje era enorme.

- ¿Qué altura tienen estas olas? – pregunté a Joao
- Entre dos y tres metros, son grandes, pero no gigantes, la peor fue la primera, porque no tenía contra qué chocar, salvo nosotros.

En el horizonte lejano aparecieron las luces de Recife.

- No iremos al puerto –dijo Joao – es posible que el río haya crecido y esté lleno de objetos con los que podemos chocar, cruzaremos los arrecifes por el canal y

regresaremos paralelo a la costa, aprovechando que el mar está alto y encallaremos en la playa donde están las cabañas. Es más seguro y rápido, para todos. Pero todavía falta un trecho en el cual recibiremos también las olas que rebotan, nos moveremos un poco más...

- Carajo – dijo Andrés. ¡Tejeira!, le corrigió Luisa y agregó: Definitivamente prefiero las alturas, marcando una distancia que sintió de pleno Andrés.
- A mí me parece que las serranías donde vive Charly es un buen punto de equilibrio - expresó Pier.
- Nos queda ron para una vuelta – dijo José Luis y estiró la botella.

## Capítulo XX

La lluvia, ahora no tan copiosa, había regresado. La tormenta había dado una vuelta sobre el territorio y ahora volvía de frente. La lluvia y el viento nos golpeaban en la cara.

- Esto es bueno – dijo Joao – disminuiré la altura de la rompiente
- La rompiente...ya nos habíamos olvidado de ella, suspiró Luisa...¿Cuánto falta?
- Hasta la rompiente, media hora....con esta marea la rompiente estará muy cerca de los arrecifes...luego de atravesar eso navegaremos tranquilos, con olas de costado, otra media hora, y llegaremos a las cabañas... acabo de mandar un mensaje para que vayan mis ayudantes a descargar todo y a proveerles una buena cena: pescado frito con un endiablado de mariscos y una paellada de arroz. Cerveza y vino blanco. ¿Qué les parece?
- Estupendo!!! Gritamos todos, distraídos, mientras nos acercábamos rápidamente a la rompiente.
- Allí están las boyas iluminadas – dijo Andrés
- Si hacia allí vamos - respondió Joao, y comenzó a acelerar el motor ...tenemos que saltarla, bien de frente y enfilados, porque ahí nomás están los arrecifes....
- ¿Que ancho tienen los canales? - pregunté a Joao
- Hay tres canales, nosotros pasaremos por uno que tiene cuarenta metros en la entrada y se reduce a 30 metros al final...el recorrido por los arrecifes es de aproximadamente cien metros...

Adelante nuestro iba el otro peñero, con la carga, comandado por Juani. Vimos como aceleraba y se sumergía en la rompiente, desaparecía entre la espuma y luego reaparecía triunfante... no tuvimos mucho tiempo de apreciarlo, ya estábamos nosotros entrando velozmente en la rompiente....vimos como un vacío adelante nuestro...el motor rugió con las hélices en el aire y caímos en esa cascada de remolinos y espuma, sentimos al mar un metro arriba nuestro en los costados, el impacto de la proa en el agua, y luego la quietud... como cuando salimos de la tormenta aquella noche en el avión conducido por el Capitán Méndez...Joao viró a la izquierda y mantuvo el rumbo a unos sesenta metros de la costa, el oleaje ahora, parecía el de un lago.

El suplicio se había terminado.

- El ron también - dijo riendo José Luis.

## Capítulo XXI

La eficiencia del servicio de Joao quedó demostrada. En media hora bajaron toda la carga, y dos ayudantes se llevaron los peñeros. Joao nos dio su mano para despedirse de cada uno y nos dijo: pueden ducharse, hay agua caliente. En un poco más de media hora les llegará la cena anunciada. Un jeep lo esperaba, subió para partir, y le dijo a José Luis, no te preocupes luego arreglamos las cuentas, como siempre.

Todo lo que siguió respondió a la lógica. Las duchas por turno. La ropa seca y limpia. El calzado normal. Una buena mesa puesta en la galería en común que tenían las dos cabañas. El furgón blanco que se detuvo en la puerta. Dos pulcros jóvenes bajando las bandejas y las bebidas. Un tercero encendiendo un artefacto para las frituras y la paellada, el endiablado de mariscos con su salsa picante puesto en el centro de la mesa, la heladera portátil cargada de cervezas y vinos. ¿Que prefieren? Yo un espumante extra brut, dije pensando que no había, equivocándome, porque si había, y estaba perfecto. Los otros optaron por cerveza. Pier me acompañó en el espumante.

Dejaron todo funcionando en manos de José Luis, que era un experto en esas cosas también y se fueron, para dejarnos tranquilos. Luego volvemos y retiramos todo. Perfecto.

Nos merecíamos esa cena, sin vikingos y sin oleaje. Y no estábamos ninguno, ni siquiera Pier, dispuestos a desaprovecharla.

Una exquisitez. El endiablado de mariscos era para volverse adicto, y la paellada final, una locura. El pescado frito es rico siempre. El postre completó la velada: helado de frutas tropicales y crema blanca.

El cansancio nos iba doblegando. José Luis ofreció café y ron, de cierre. Aceptamos. En ese momento Pier dijo:

- Cuando veníamos en la peor parte del oleaje, a nuestro costado, pelo rojo al viento, venía Freidis conduciendo su barcaza y saludándome con su brazo en alto...nos veremos pronto, me gritó.

Andrés propuso que fuéramos a descansar, en la mañana debíamos declarar y testificar ante las autoridades de Pernambuco. Debíamos mostrar todo lo encontrado y solicitar su tenencia por razones científicas. Por suerte contamos con un convenio con la Universidad de Pernambuco que facilitará esos trámites. Luego podemos organizar los regresos.

Los trámites fueron realmente simples. Le otorgaron a Andrés un plazo de 30 días para que presente un informe completo. Los objetos se registraron y se extendió la autorización para trasladarlos. Los estudios de ADN de los huesos de Thorwald se realizarían en la propia Universidad de Pernambuco y se harían contrapruebas en La Plata, por parte de Luisa, que llevaría muestras. Los anillos de bronce y oro, y el puñal, se depositaron en el Banco Do Brasil de Recife hasta tanto las autoridades resuelvan su destino luego de que se analice el informe de Andrés. Se labró un acta que firmamos todos los presentes y volvimos a las cabañas a organizar los viajes de regreso.

Decidimos todos regresar a Sao Paulo, y desde allí a los diferentes destinos.

José Luis decidió quedarse en Sao Paulo para reunirse con unos escandinavos que quieren remontar el Amazonas hasta el puerto de Iquitos.

- José Luis, ¿me contarás luego esa aventura?
- Si Charly, ni bien regrese. No te extrañe que te visite.
- Sería un enorme placer.
- Hasta entonces. Y nos dimos un fuerte abrazo.

Luisa, Andrés y Pier tomaron un vuelo a Buenos Aires.

- Seguramente a medida que escriba les pediré detalles, ¿de acuerdo?
- Por supuesto Charly.

Yo regresé directo a Córdoba.

Aquí estoy ahora, en Valle de Anisacate, junto a mis perros que no se apartan ni por un momento, sentado frente a mi computadora de producción, así la llamo, pensando cómo contarles esta historia.

Se acercó Kupita y me preguntó:

- Charly, ¿quién es Pier?
- ¿Por qué me lo preguntas?
- Porque recibí un mensaje, como un saludo.
- Ya, pronto, lo conocerás.

FIN